

Don Quijote: ¿Héroe o antihéroe?

Benjamin P. McLean

Al ahondarse en la crítica y los comentarios sobre el *Quijote*, inmediatamente llama la atención la presencia de diversas opiniones sobre el heroísmo (o falta de lo mismo) del protagonista, Alonso Quijano, alias Don Quijote¹.

Las formas que asumen los héroes son muchas y varias. Por supuesto, en distintas épocas, culturas y subculturas, el héroe se manifiesta de formas distintas con valores diferentes². Sin embargo, desde el principio Don Quijote no se conforma al carácter tradicional del héroe: es hombre de cincuenta años y no se hace referencia a su nacimiento ni a ningunos orígenes mitológicos típicos de la literatura heroica como vemos en *Amadís de Gaula* e, irónicamente, en su antítesis, *Lazarillo de Tormes*. Obviamente, si Cervantes hubiera querido otorgar al personaje tales raíces, y además las virtudes y la vida de un héroe típico antiguo, sin duda lo habría señalado explícitamente, y esto habría intensificado la parodia y habría sido una adición lógica y fácil para un autor tan erudito como Cervantes. Pero no lo hace, y por eso tenemos que figurarnos que fue una decisión intencionada porque, además de todas las razones que nos ha dado Avalor Arce en *Don Quijote como forma de vida*³, tales orígenes contradirían la ironía fundamental del libro, esto es, que Don Quijote es meramente el hidalgo Alonso Quijano, quien quiere hacerse caballero andante. En nuestro estudio de su heroicidad es importante que nos acordemos de eso.

Por lo tanto, en ausencia de una descripción típica del héroe es menester establecer cuál es la esencia heroica. Siguiendo el ejemplo de

- 1 Para discusiones de las varias posiciones véanse Mandel, Oscar, «The Function of the Norm in *Don Quixote*», *Modern Philology*, 55 (1958), pp. 154-155, y Allen, John J., *Don Quijote: Hero or Fool? A Study in Narrative Technique*, Gainesville, University of Florida Press, 1969, pp. 3-7.
- 2 Vemos esto plenamente en el estudio de Carlyle, Thomas, *Heroes and Hero-Worship*, en su noción de que el «hombre de letras», tal como Johnson, Rousseau y Burns, puede ser héroe; Carlyle, Thomas, *Heroes & Hero-Worship*, London, Wards, Lock & Bowden, [sin fecha].
- 3 Avalor Arce señala la importancia de la falta de raíces mitológicas del protagonista. Avalor Arce, Juan Bautista, *Don Quijote como forma de vida*, Valencia, Castalia, 1976, pp. 64-65.

Avalle Arce⁴ me refiero al estudio de Thomas Carlyle, quien señala que entre las características que los héroes comparten típicamente, hay una que es esencial: la fe. Es decir que el «héroe» puede tener o le pueden faltar otras cualidades pero siempre necesita este elemento esencial. Esta fe, sin embargo, no es ninguna particular fe religiosa, sino una fe en su misión, que permanecerá a pesar de todo. Tal fe siempre es evidente en las acciones del héroe porque, de por sí, el heroísmo requiere que el héroe actúe positivamente con relación a su «misión», y por lo tanto que sea el agente de cambio⁵. De hecho, el pensamiento junguiano sobre arquetipos apoya la opinión de Carlyle, aunque use lenguaje distinto. Para los junguianos el héroe representa la *expresión* del ego⁶ y por eso refleja la voluntad o el esfuerzo del individuo⁷. Además, en el campo de la mitología, Joseph Campbell⁸ sostiene en su estudio *The Hero with a Thousand Faces* que el heroísmo no tiene que ver con éxito ni con victoria, sino con la valentía ante lo desconocido, el infortunio o algún reto⁹. Campbell y Jung están de acuerdo en que, en su función mitológica y psicológica, el camino del héroe representa el renacimiento y el progreso, y por tanto la conquista del miedo¹⁰.

Así, considerando que éste es el ingrediente esencial de la heroicidad, es necesario establecer si Don Quijote exhibe esta valentía, o fe. Para ello es menester establecer cuál es la «misión» del protagonista.

Actualmente, con nuestra herencia postestructuralista debemos ser más conscientes que nunca de que la significación de una obra depende de las circunstancias alrededor del lector, y de los prejuicios que surgen de ellas. Los prejuicios más patentes, más dominantes de la crítica quijotesca pertenecen a la tradición romántica. Como Anthony Close ha ilustrado plenamente en su libro *The Romantic Approach to Don Quixote*¹¹, la tradición romántica —armada con sus prejuicios— tendió

4 Avalle Arce, *op. cit.* (nota 3), p. 61.

5 Carlyle, *op. cit.* (nota 2), pp. 4 ss.

6 Sin embargo no el ego mismo; Henderson, Joseph L., «Ancient Myths and Modern Man», en Jung, Carl y otros, eds., *Man and His Symbols*, Londres, Picador, 1978, p. 120.

7 Whitmont, Edward C., *The Symbolic Quest: Basic Concepts of Analytical Psychology*, Princeton, Princeton UP, 1991, p. 182.

8 A pesar de ciertas semejanzas, la aproximación de Campbell no es junguiana; Segal, Robert A., *Joseph Campbell: An Introduction*, Nueva York, Penguin, 1990, p. 246.

9 Campbell, Joseph, *The Hero with a Thousand Faces*, Londres, HarperCollins, 1993, pp. 245-246; Segal, *op. cit.* (nota 8), p. 98.

10 Campbell, *op. cit.* (nota 9), p. 16; Jung, Carl, «Approaching the Unconscious», en Jung y otros, *op. cit.* (nota 6), p. 68; y Henderson, Joseph L. «Ancient Myths and Modern Man», en Jung y otros *op. cit.* (nota 6), p. 112.

11 Close, Anthony J., *The Romantic Approach to Don Quijote: A Critical History of the Romantic Tradition in 'Quixote' Criticism*, Cambridge, Cambridge UP, 1978.

a ver a Don Quijote como un hombre insatisfecho con la naturaleza trivial de su existencia, que se transforma y sigue el camino de sus sueños. Si siguiéramos tal lectura, tendríamos que concluir que Don Quijote sí es un héroe, que exhibe una gran fe en su estilo de vida distinto. Por eso, al final del libro Don Quijote se convierte en un héroe trágico, que tuvo, no obstante, la capacidad de moldear la vida a su manera¹². Esta perspectiva se manifiesta en distintas formas, como la opinión de Ortega y Gasset de que Don Quijote es un Cristo trágico¹³. Tan persistente ha sido la influencia de la tradición romántica que Luis Rosales, en su inmenso estudio, concluye que, a pesar de que Alonso Quijano se esconde efectivamente de la vida cotidiana, es no obstante héroe precisamente porque aguanta el fracaso y no deja de aguantarlo¹⁴. Aquí se refleja lo que dice Francisco Ayala en *Cervantes y Quevedo*: «el ser histórico español se caracteriza por una extraña combinación de fracaso y de gloria, o mejor: de gloria en el fracaso»¹⁵. Y aun hoy día esta aproximación parece persistir¹⁶.

Tal lectura, sin embargo, ignora el hecho de que el *Quijote* fue un libro de burlas que provocó risas en los lectores de su tiempo. El estudio de P.E. Russell, «*Don Quixote as a Funny Book*»¹⁷, con el que está de acuerdo Anthony Close¹⁸, subraya la naturaleza satírica del *Quijote* y sugiere que ésta fue la motivación primaria de Cervantes¹⁹. Desde luego los lectores se reían, porque veían y entendían la ironía de la situación y las acciones de Alonso Quijano.

- 12 Para una discusión de los escritores de esta tradición véase Mandel, *op. cit.* (nota 1), *ibidem*. Además de esos eruditos mencionados por Mandel, véanse los siguientes estudios que proponen la base «romántica» de su heroísmo: Echeverría, José, *El Quijote como figura de la vida humana*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1965, pp. 25 ss., y Rubio, David, *¿Hay una filosofía en El Quijote?*, Nueva York, Instituto de la Españas en los Estados Unidos, 1924, pp. 44-51.
- 13 Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista Occidente, 1966, pp. 56-58. Unamuno también hace mención a esto: Unamuno, Miguel, *Vida de Don Quijote y Sancho*, 13ª ed. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1964, pp. 225-227.
- 14 Rosales, Luis, *Cervantes y la libertad*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica-Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985, pp. 427-431.
- 15 Ayala, Francisco, *Cervantes y Quevedo*, Barcelona, Seix Barral, 1974, p. 9.
- 16 Por ejemplo Quintana Tejera, Luis «Vida cotidiana en tiempos del Quijote. personajes, espacio y reflexiones en el contexto de la realidad transformada», *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 14 (2000), Universidad Complutense Madrid, última fecha de acceso, 25/07/2000, <www.ucm.es/info/especulo/numero14/d_quijo.html>.
- 17 Russell, P. E., «*Don Quixote as a Funny Book*», *Modern Language Review*, 64 (1969), pp. 312-326.
- 18 Close, *op. cit.* (nota 11), p. 259; y Close, A. J., *Miguel de Cervantes. Don Quixote*. Cambridge, Cambridge UP, 1990, pp. 60 y ss.
- 19 Desde luego, hay lecturas contradictorias y medio persuasivas como: Lo Ré, Anthony G., «More on the Sadness of Don Quixote: The First Known Quixote Illustration, Paris, 1618», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 9.1 (1989),

Si aceptamos este punto contextual, resulta que no podemos concluir que las acciones a las que se refieren los que proponen la tradición romántica sean heroicas, porque son plenamente absurdas. Al estudiar a Alonso Quijano desde esta perspectiva, sus acciones parecen algo ignominioso: un producto inventado por su locura para evitar la vida cotidiana contemporánea²⁰: «*He can exist only in a world of an imaginary illusory reality, and draws on days long past*»²¹. Esto, según Novitskii, es la causa de todas sus desventuras: el sufrimiento, el fracaso y las humillaciones. Por eso, Alonso Quijano parece ser un antihéroe, porque cuando se estudian sus hazañas, su fracaso se subraya. Así, el reto verdadero de Don Quijote, o mejor de Alonso Quijano, no es el de matar gigantes, promover una manera de pensar o crear una nueva vida, sino el de superar su locura y enfrentarse con la realidad. Esto constituye la misión para la que Alonso Quijano necesita la fe²².

Sin embargo, al decir que el reto de Alonso Quijano es el de superar la locura y enfrentarse con la realidad, es fundamental establecer si estos dos puntos son lo mismo o si forman dos retos distintos. Desde luego, nuestro protagonista se volvió loco por leer tantos libros de caballerías. Sin embargo, yo sugiero que en primer lugar se entregó totalmente a leer estos libros porque buscaba refugio: un cierto escape de su existencia mundana. Con esto, sin embargo, no quiero decir «aburrimiento» como sugiere Torrente Ballester²³, aunque el aburrimiento puede haber contribuido. Alonso Quijano no era noble de categoría, sino un

pp. 775-783. No obstante, en su análisis *Lo Ré* no concede que un personaje pueda tener una «figura triste» y al mismo tiempo ser cómico: Compárense Don Quijote, Cantinflas y Stan Laurel.

20 Según Novitskii, Pavel Ivanovich (*Cervantes and Don Quixote: A Socio-Historical Interpretation*, Ann Arbor, Michigan, University Microfilms International, 1979, p. 21), Alonso Quijano huye del mundo moderno; según Johnson, Carroll B. (*Madness and Lust. A Psychoanalytical Approach to Don Quixote*, Berkeley, University of California Press, 1983, pp. 197-205), huye de su sexualidad y de las restricciones de la sociedad, y según Avéleyra, Teresa, «El erotismo de don Quijote», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 26 (1977), p. 478, huye de su amor por Aldonza Lorenzo.

21 Novitskii, *op. cit.* (nota 20), p. 23.

22 No se hace la misma presunción que hace John J. Allen, de que la misión sea meramente la que dice Don Quijote, esto es, resucitar los valores de caballería (Allen, *op. cit.* (nota 1), pp. 87-90.) Con esta presunción Allen crea una paradoja porque no puede conciliar esta misión fracasada con su conclusión de que Alonso Quijano es héroe a razón de que ha triunfado sobre sí mismo. Si la misión no concuerda con el resultado, no existe la fe ni la valentía necesaria por las que merezca el título de «héroe».

23 «...es el único remedio contra el aburrimiento. Si la gente lee es por eso»: Torrente Ballester, Gonzalo, *El Quijote como juego*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1975, p. 48. Sin embargo, en el estudio de Torrente Ballester no se suministra ningún ejemplo textual ni contextual para apoyar esta conclusión.

hidalgo insignificante cuyo estilo de vida no reflejaba el respeto antiguo que había conllevado el título, «hidalgo». Mientras que hay referencias a su pobreza después de su transformación²⁴ es importante acordarnos de que su estado miserable precede a su locura:

... no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda²⁵.

Esta introducción al protagonista refleja el decaimiento del estatus de una sección de la nobleza: la que fuera una fuerza de caballería que llegó a su cumbre de poder e influencia durante el reinado de Carlos V (después de la rebelión de los comuneros), y sin embargo sufrió una caída rápida y contemporánea a la crisis económica y los cambios del arte militar y de la guerra.

Todo esto nos lleva a formularnos la pregunta: ¿por qué compra libros costosos un noble cuyos ingresos no le permiten tener un corcel mejor que un rocín²⁶, alguien que se ve como un cazador, un hombre que no puede comprar carnero, sino sólo vaca? ¿Por qué se entrega totalmente a una afición tan costosa que le obligará a vender numerosas fanegas para poder costársela?:

Y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos²⁷.

24 Por ejemplo, la exclamación de Cide Hamete Benengeli («¡Oh pobreza, pobreza!») en el capítulo XL de la segunda parte: Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha* (2 tomos), ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 1041.

25 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. I, cap. I, pp. 38-39.

26 La posición miserable de Alonso Quijano se patentiza aún más en las referencias a su caballo, Rocinante (Rocín + ante). En los siglos xvii a xvii el tipo de corcel reflejó el estatus del noble, como leemos en los ensayos de Michel de Montaigne (quien se refiere al Rey Alfonso, Guevara y Castiglione), y como se refieren Cipión y Berganza en su coloquio: Montaigne, Michel de, *The Complete Works of Montaigne: Essays, Travel Journal, Letters*, trad. Donald M Frame, London, Hamish Hamilton, 1958, p. 213; y Cervantes Saavedra, Miguel de, *Coloquio de Cipión y Berganza*, en Cervantes Saavedra, Miguel de, *Cervantes: Novelas Ejemplares II*, ed. Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, pp. 238-239 y 276.

27 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. I, cap. I, p. 40.

De hecho, vender fanegas de tierra para comprar libros ya debe de ser casi un acto de locura para un hidalgo cuyos ingresos y estatus dependen de la tierra que tiene. Vemos, por lo tanto, que en vez de concentrarse en los asuntos y necesidades inmediatos que tiene, Alonso Quijano se distrae con un pasatiempo que le permite retirarse de su posición en el mundo real.

Es importante notar que este estado descuidado de su hacienda y de sus bienes, la desatención de sus dependientes y la venta de sus fanegas son pre-existentes a su locura, en vez de un resultado de la misma²⁸. Por ejemplo, en la primera descripción del hidalgo leemos sobre su afición a la caza, pero al enterarnos de su entrega total a los libros de caballerías nos queda claro que ha dejado de cazar: «se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda»²⁹. Esto hace pensar que este camino hacia la dependencia de los libros de caballerías comienza como muchas otras dependencias —como una vía de escape—, y su deseo de escapar emana de su estado miserable como hidalgo de baja categoría, sin dinero, con una vida monótona y aburrida y en la que tiene que vivir todos los días con su posición inferior. Sostengo que, para un hombre de tanto orgullo como Alonso Quijano, tal vida debía de ser inaguantable. Por eso se dedica a los libros de caballerías y por eso obtiene tanto consuelo y divertimento de ellos y comienza a confundir su realidad miserable y la «realidad» ficticia preferible de los libros.

Es verdad, pues, que sufre una locura, pero una locura cuyos orígenes y poder surgen del placer que le causa. Esto explica hasta cierto punto la locura de Alonso Quijano: Es imposible decir que él es hombre de juicio, sin embargo a veces, como han observado muchos críticos, como Madariaga, el protagonista parece ser participante consciente en su propia locura³⁰. Explica además cómo la fuerza de su locura disminuye con la disminución de su propio control sobre su engaño, y de ahí su pla-

28 David A. Boruchoff presenta el argumento de que en los tiempos de Cervantes la palabra «locura» tenía un significado tan amplio que podía referirse a cualquier tipo de comportamiento antisocial, incluso ignorarse de sus responsabilidades sociales: Boruchoff, David A. «On the Place of Madness, Deviance, and Eccentricity in *Don Quijote*», *Hispanic Review*, 70.1 (2002), pp. 1-23. Sin embargo según Boruchoff, la misión es la de superar la locura, y la locura misma fue inducida por los libros de caballerías.

29 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. I, cap. I, pp. 39-40.

30 Madariaga cuestiona su locura, y subraya su autoengaño consciente: Madariaga, Salvador de, *Don Quixote: An Introductory Essay in Psychology*, London, Oxford UP, 1961, pp. 110-115.

cer («la desilusión» de la segunda parte). Por supuesto, las derrotas en la primera parte concuerdan con la fantasía-locura de Alonso Quijano, sin embargo, no sucede lo mismo con las de la segunda parte. (Los episodios alrededor de la ínsula de Sancho chocaron especialmente con su placer y orgullo.) Este escapismo es el primer desafío y reto de Alonso Quijano. Es lo que le llevó a vender sus fanegas y a ignorar su hacienda. La locura misma no es de por sí el reto, sino un síntoma del escapismo original.

Así, Alonso Quijano se sumerge en los libros de caballería para escapar de su existencia humana, y al hacerlo encuentra tanto placer y consuelo que comienza a confundir los planos de la realidad. Esto influye en su sentido y en sus percepciones del mundo, y con el tiempo ya no puede, o quizá no quiere, distinguir entre la ilusión y la realidad y sustituye sus valores cotidianos por otros. Dicho de otro modo, en vez de enfrentarse con sus responsabilidades inmediatas se distrae con ideales que sólo puede pretender realizar. Este choque de valores se ve plenamente al final del libro, cuando Alonso Quijano recupera el juicio: para compensar por su período de locura se dirige inmediatamente a asuntos que tienen importancia concreta y cotidiana, esto es, dictar su testamento para asegurar el porvenir de ellos para con quienes tiene responsabilidades.

Por lo tanto, cada obstáculo y hazaña maravillosa a los que se enfrenta Don Quijote —como obtener el famoso Yelmo de Mambrino³¹ y combatir con «desaforados gigantes»³² (los molinos de viento)—, no debe ser entendido como una celebración, sino son un síntoma del antiheroísmo original del escapismo. No significa el triunfo y el poder del espíritu humano, sino lo contrario.

Sin embargo, y a pesar de que sus acciones son antiheroicas, Alonso Quijano no es un antihéroe. De hecho, el acto heroico llega al final del libro: es decir al regresar a su pueblo, las palabras del narrador mismo indican que Alonso Quijano ha superado su reto de escapar de su mundo imaginario —o de su locura—, y ha vuelto a aceptar la realidad. Es decir, sí supera su propio encantamiento. Sostengo que debemos atribuir la salida de su locura a Alonso Quijano mismo. Hay que recordar que, a pesar de que otros personajes —tales como Sansón Carrasco y el cura— han tratado de minar las fantasías de Alonso Quijano para curarlo de su locura, sus esfuerzos han tenido poco efecto. Por ejemplo, la derrota de Don Quijote a manos del Caballero de la Blanca Luna (Sansón

31 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. I, cap. XXI, p. 243.

32 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. I, cap. VIII, p. 101.

Carrasco)³³ no es el momento decisivo, porque pese a que Alonso Quijano acepte regresar a su pueblo y abandonar el camino de caballero, su locura, por virtud del escapismo subyacente, encuentra otra vía de manifestación y él decide hacerse pastor a la manera de las novelas pastoriles: «...querría, ¡oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido»³⁴. La locura sigue, por lo tanto, —esta vez, sin embargo, no lleva el nombre de «Don Quijote» sino el de «el pastor Quijotiz»³⁵— y se conforma con otro género literario cuya función era también el escapismo: la novela pastoril³⁶. Cabe recordar las palabras de Berganza en *El Coloquio de Cipión y Berganza*: «...que todos aquellos libros [novelas pastoriles] son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna»³⁷ (y estas palabras hacen eco de la descripción del Alonso Quijano encaprichado por los libros de caballerías, «... los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer libros de caballerías»³⁸).

No obstante la desilusión gradual en la segunda parte —la que debe haber hecho algún papel en su restablecimiento—, en este episodio su entusiasmo por autoengañarse sigue con la misma fuerza³⁹, y lo mismo en el capítulo LXXII⁴⁰, y aun en el LXXIII (después de los malos agüeros que oye al entrar su aldea) él repite su deseo⁴¹. De hecho, Alonso Quijano no pierde este deseo de hacerse pastor hasta que está en su lecho de muerte. Así, su derrota por el Caballero de la Blanca Luna no remata su locura, pues el poder de su escapismo sigue, aun después de regresar a su pueblo, en el capítulo LXXIII.

En verdad su desencantamiento ocurre gracias a sí mismo, a su propia consciencia y vergüenza, provocadas por las quejas de su sobrina y

33 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXIV, p. 1224.

34 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXVII, p. 1239.

35 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXXIII, p. 1281.

36 Poggioli, Renato, *The Oaten Flute*, Cambridge, Harvard UP, 1975, p. 4. De hecho, en las primeras páginas de *La Diana*, en una referencia al *Cortésano* de Castiglione, hay indicios explícitos de su naturaleza escapista: Montemayor, Jorge de, *Los Siete Libros de la Diana*, ed. Julián Arribas, London, Tamesis, 1996, p. 126.

37 Cervantes, *op. cit.* (nota 26), p. 229.

38 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. I, cap. I, p. 39.

39 Los ejemplos dados en este párrafo contradicen la postura de Watt, Ian (*Myths of Modern Individualism: Faust, Don Quixote, Don Juan, Robinson Crusoe*, Cambridge, Cambridge UP, 1996, pp. 80-81), quien cree que la derrota por el caballero de la Blanca Luna es el episodio fundamental y que en todas sus acciones siguientes hay poco entusiasmo por parte de Don Quijote. Riquer, Martín de (*Aproximación al Quijote*, Barcelona, Salvat Editores-Alianza Editorial, 1970, p. 139), también contradice la postura de Watt.

40 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXXII, pp. 1277.

41 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXXIII, pp. 1281-1282.

del ama, quienes le dicen que debe quedarse en casa, atendiendo su hacienda. Éste es el último tema de conversación antes de que caer enfermo:

—¿Qué es esto, señor tío? ¿ahora que pensábamos nosotras que vuestra merced volvía a reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, ... Pues en verdad que está ya duro el alcacel para zampoñas.

A lo que añadió el ama:

—¿Y podrá vuestra merced pasar en el campo las siestas del verano, los sueños del invierno, el aullido de los lobos? No, por cierto ... estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánima sí mal le fuere.⁴²

A la vez, estas quejas y súplicas le hacen pensar en sus responsabilidades, le recuerdan la verdadera fuente de virtud, y subrayan las dificultades y las esfuerzos necesarias para mantener la ilusión. Sostengo que éste es el punto decisivo en la misión de Alonso Quijano. Son estos factores, combinados con la desilusión creciente de la segunda parte, los que le hacen pensar en su vida. Al oír los ruegos de su sobrina y ama dice el hidalgo:

—Callad hijas —les respondió don Quijote—, que yo sé bien lo que me cumple. Llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto que, ahora sea caballero andante o pastor por andar, no dejaré siempre de acudir a lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra⁴³.

Después de ponerse enfermo tiene que quedarse sólo, y no puede condescender a sus ilusiones—. Tiene que meditar sobre su vida, su pasado y su futuro. Entonces, de repente, se despierta y da una gran voz diciendo:

—¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres⁴⁴.

42 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXXIII, pp. 1282-1283. Boruchoff también se refiere a estas palabras de la sobrina y el ama como el punto fundamental del abandonar por Alonso Quijano de su vida de caballero andante: Boruchoff, *op. cit.* (nota 28), *Ibidem*.

43 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXXIII, p. 1283.

44 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXXIV, p. 1285.

Así, Alonso Quijano se ha desengañado: se ha enfrentado con la responsabilidad de atender a su hacienda y cuidar a su sobrina, y éste es el verdadero triunfo del libro. Unos han indicado correctamente que no se sabe lo que pasa durante su período de enfermedad; sin embargo, al considerar las dos posibilidades (abajo tratadas), se ve que el hidalgo sí ha tomado los pasos decisivos en su propia rehabilitación. La primera posibilidad es la más probable: que las palabras de su sobrina y el ama le hayan animado a acostarse para meditar sobre su situación, su comportamiento y sus responsabilidades. Sin embargo, al final, él mismo ha decidido salir de su mundo ilusorio. En tal caso, está claro que Alonso Quijano se ha enfrentado con el reto y ha triunfado.

Otra posibilidad es que Dios le haya hablado. No obstante, y en tal caso, él también ha tomado parte en su propio desencantamiento, porque finalmente ha optado por escuchar a Dios, después de tanto tiempo de no hacerlo. A pesar de eso, parece probable que Alonso Quijano atribuya su curación a Dios⁴⁵ para minimizar a los ojos de los otros su propia responsabilidad —o culpabilidad— en el autoengaño original. Cualquiera de las dos posibilidades que se acepte, su parte en la transformación puede ser indicada por la cita ya dada, cuando afirma, «que yo sé, bien lo que me cumple». Desde luego, esta cita puede referirse a algo que él está a punto de hacer, y por eso puede ser un reconocimiento de lo que no ha hecho: que, a pesar de algún elemento de duda, ha comenzado a darse cuenta de que tiene que meditar sobre su futuro y sobre lo que debe hacer. Por eso, no cabe duda de que Alonso Quijano es un verdadero héroe.

Entonces, al despertarse, y aunque siente pesar, exclama:

—Las misericordias... son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz de alma.⁴⁶

Se observa, pues, una mezcla de tristeza —por haber perdido tanto tiempo en seguir un camino falso— y de júbilo —por haber vencido y haberse enfrentado con su vida y responsabilidades verdaderas—.

45 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXXIV, p. 1285.

46 Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXXIV, p. 1285.

Solamente la perspectiva presentada en el último párrafo concuerda con esta mezcla de emociones. Vale decir, el momento es positivo (y no negativo), y Alonso Quijano finalmente cree que ha completado su búsqueda. Como indicio de su heroísmo verdadero, en el poco tiempo que le queda, quiere enmendar sus errores. Nunca más se interesa por cosas caballerescas o de ficción, y, en su acto final, otorga testamento, para lo que sólo le importan personas verdaderas y sus vidas cotidianas.

Nos queda una cuestión más para resolver: la muerte de Alonso Quijano ¿Por qué muere? Como han señalado otros, su muerte es necesario para señalar el final de la historia. Sin embargo, esto ocurre no sólo para frustrar a otros escritores que quieran continuar la historia⁴⁷, sino que además es necesario textualmente porque a los cristianos de esa época las acciones hechas en el lecho de muerte indican cómo debe ser juzgado el resto de la vida⁴⁸. Es el momento de la verdad. Vale decir que sólo a través del hecho de morir cuerdo es posible contestar definitivamente, de una vez por todas, las cuestiones de su juicio recobrado, y la conquista de su escapismo pasa a ser la conquista de sí mismo. He aquí la razón de su muerte, y además la razón de que la historia comience con un hombre de cincuenta años sin referirse explícitamente a sus orígenes⁴⁹: a pesar de que la historia sugiera que el personaje sigue existiendo durante los años entre las dos partes, para los fines de Cervantes, Alonso Quijano y su historia no existen afuera de los límites cronológicos del comienzo y término de los dos libros. No existió nada antes ni después.

Así, desde esta perspectiva, su muerte no debe atribuirse a la melancolía, como dice Fernando Rielo⁵⁰, sino que debe considerarse un en-

47 Como señala Lo Ré, A.G., «The Three Deaths of Don Quixote: Comments in Favor of the Romantic Critical Approach», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 9.2 (1989), p. 28, subrayando las palabras del narrador del *Quijote*; Cervantes, *op. cit.* (nota 24), t. II, cap. LXXIV, p. 1289.

48 Véase Schmidt, Rachel, «The Performance and Hermeneutics of Death in the Last Chapter of Don Quijote», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 20.2 (2000), pp. 101-126. Además hacemos nota de las palabras de Séneca (citadas por Montaigne): *It is the day that must judge all my past years*» y de Montaigne, «...all the other actions of our life must be tried and tested by this last act. It is the master day, the day that is to judge all others», (*op. cit.* (nota 26), p. 55).

49 Unamuno hace un argumento parecido con relación a sus orígenes: Unamuno, *op. cit.* (nota 13), p. 20.

50 Rielo, Fernando, *Teoría del Quijote*, Madrid, Ediciones Porrúa, 1982, p. 167. Últimamente también lo hace Correa Mujica, Miguel, «Sobre la muerte de/en *Don Quijote de la Mancha*», *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 11 (1999), Universidad Complutense de Madrid, última fecha de acceso, 26/10/99. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero11/muerte_q.html>.

frentamiento con ella en el plano de la realidad, un enfrentamiento con su escapismo, un acto de heroísmo. Por eso, su muerte al final del libro no significa fracaso, ni tragedia. Significa la victoria de Alonso Quijano sobre sí mismo, y a la vez una salida total de su vida anterior. Sin embargo, y como en el caso de Hércules y otros héroes mitológicos, la metamorfosis es tan completa que la única manera de representarla es a través de la muerte: una muerte victoriosa.